

LA MISIÓN EN UN MUNDO POSMODERNO: UNA LLAMADA A SER CONTRACULTURAL

En abril de 1996 se celebró en Buenos Aires el Congreso de la IAMs (International Association for Mission Studies). Como Presidente de la Asociación, el conocido teólogo indio M. Amaladoss dirigió a la asamblea el discurso que reproduce el presente artículo. En él, tras describir los rasgos característicos de la modernidad y la posmodernidad, el autor expone el rol de la misión, si es que quiere aceptar el reto de dialogar con la posmodernidad en tres campos fundamentales: la afirmación de la vida, la vida en comunidad y la conciencia de la trascendencia. La meta es que surjan comunidades interreligiosas contraculturales unidas por una lucha común contra el dinero como ídolo.

Mission in a Post-Modern World. A Call to be Counter-cultural, Vidyajyoti 60 (1996) 569-581

El impacto del sistema dominante liberal capitalista sobre nuestras sociedades nos desafía como testimonios de la buena nueva de Jesús acerca del Reino de Dios. Unos pocos abusan, merman y destrozan los recursos de la tierra que son para todos.

El único modo efectivo de testimoniar y promover el Reino de Dios en esta situación es adoptar una doble estrategia. Por un lado, tenemos que demostrar que los países también pueden satisfacer sus necesidades a través de prácticas económicas y comerciales alternativas. Por otro lado, las personas deben participar cada vez más en el control de los sistemas que gobiernan sus vidas y, así, humanizarlos y socializarlos.

Esta estrategia no será efectiva a menos que vaya acompañada por una transformación cultural, esto es, un cambio de la visión del

mundo y del sistema de valores de la gente. La raíz de tal transformación cultural ha de ser una espiritualidad que motive, inspire, y capacite para buscar una vida más plena para todos.

En un mundo de pluralismo religioso, cualquier espiritualidad de hoy únicamente puede ser humana y global, si se abre paso a través de las fronteras religiosas. La misión de la buena nueva en este contexto requiere unas comunidades contraculturales que no crean en el poder del dinero ni perciban la verdad en abstracto, sino que crean en el poder del Espíritu y en su propia llamada a servir.

Modernidad radical o posmodernidad

Los sociólogos no están de acuerdo sobre si estamos en un período de posmodernidad o de

modernidad radical: depende de cómo se mire a la modernidad. Podemos verla como el resultado del impulso dado a la ciencia en tiempo de Descartes, Newton y Blake.

La ciencia descubre su autonomía a partir de los principios de racionalidad e immanencia. Los fenómenos de la naturaleza podrían ser comprendidos por el poder de la razón, a través de la observación y la medida, el análisis y la verificación experimental. La investigación descubrió las leyes de la naturaleza, basadas en el principio de causa y efecto, sin sentir la necesidad de recurrir a causas extranaturales. La ciencia, la tecnología y el comercio han crecido unidos para dominar toda la tierra y convertirse en globales. Sin embargo, la globalización ha traído fragmentación y competencia que hacen que escaseen los recursos.

Los que hablan de posmodernidad también tienen su parte de razón. Se absolutizó la autonomía del mundo y se negó cualquier principio trascendente del que dependiese. La ciencia usó la razón práctica para sus descubrimientos: lo que no puede ser analizado por la razón práctica no existe.

Este cambio de perspectiva no es simplemente la consecuencia natural de la ciencia y la tecnología, sino que es el resultado de una opción humana y moral, por la que la razón teórica se convierte en la esclava de la razón tecnológica. Con ello surgió el mito del progreso continuo e indefinido. Hoy, se cuestiona esta concep-

ción moderna. Hay una conciencia creciente de que todo conocimiento está condicionado por varios factores humanos, por lo que cualquier pretensión de objetividad y absolutez en el conocimiento está fuera de lugar. Lo trascendente se niega a desaparecer y se enfrenta a los riesgos y a las incertidumbres de la vida: parece que se vuelve de nuevo a la religión. Las ambiciones de construir un mundo gobernado por la razón se han derrumbado ante la autoafirmación del pluralismo étnico, cultural y religioso. Desde este punto de mira hemos entrado en una fase posmoderna.

Una crisis cultural

Vivimos, pues, un momento de crisis y tensión entre la modernidad radical del mundo científico-técnico y la posmodernidad de perspectivas culturales. No hay un lugar donde esta tensión sea más real que en la comunidad y en la religión. La modernidad ha roto los grupos tradicionales, incluida la familia, promoviendo el individualismo, el desplazamiento y la competencia. Por esto se buscan nuevas identidades y relaciones de ayuda y solidaridad en la etnia y en la religión.

En el ámbito de la religión los creyentes huyen de los controles institucionales y de las certezas dogmáticas y van hacia comunidades asociativas y hacia una experiencia de libertad. Los que postulan la posmodernidad se centran más en desmontar las sociedades modernas que en ofrecer alternativas viables. Esto

es verdad también para las Iglesias. Se habla mucho de la misión, pero faltan propuestas para una nueva concepción que sea convincente y relevante para el mundo posmoderno.

La modernidad y las Iglesias

Las Iglesias se han comprometido con la modernidad de muchos modos. Aceptaron gustosamente el mito del progreso indefinido y le añadieron una dimensión sagrada como historia de salvación. Creyeron en la marcha invencible y unidireccional de la historia y se imaginaron a sí mismas como vanguardia de tal movimiento. Mientras criticaban algunos aspectos de la conquista comercial y colonial del mundo, se aprovecharon de las facilidades que ofrecían para su misión. Han buscado el diálogo con las perspectivas filosóficas de la modernidad, accediendo a que ésta establezca sus prioridades teológicas en vez de buscar alternativas a ella.

Pese al frecuente diálogo interconfesional, las Iglesias parecen titubear a la hora de conciliar el pluralismo de perspectivas entre ellas y, a pesar de múltiples estudios y proyectos, no adoptan realmente los términos del pluralismo religioso y cultural del mundo.

Soy consciente de que generализo y de que en las distintas Iglesias hay pequeños grupos que emprenden caminos diversos. Tampoco puedo dejar de ver la realidad desde mi país —la India— y desde nuestra experien-

cia de un colonialismo económico y cultural continuado. Pero la cuestión que deseo plantear es cuántas Iglesias han sido afectadas por las perspectivas de la modernidad y cuán libres y preparadas están hoy para llevar una misión que dé testimonio del Reino de Dios en un mundo posmoderno.

Nuestra misión hoy

¿Cuáles son los desafíos a la misión en un mundo posmoderno? Me gustaría aclarar dos cosas al respecto. Primero que la buena nueva de Jesús se enfrenta directamente a las cosmovisiones y a los sistemas de valores de nuestras culturas y, a través de ellos, busca influir en las opciones que hacemos en las esferas económicas y políticas.

En segundo lugar, cualquier concepción de la misión en el mundo de hoy debe surgir de las víctimas: el pobre, el marginado y el oprimido. Ellos son los mediadores de las desafiantes demandas de la buena nueva. Nuestra misión hoy sería ofrecer un modo alternativo de vida en el mundo. Me gustaría destacar tres aspectos de esta vía alternativa: *una afirmación de la vida, una experiencia de la vida en comunidad y una conciencia de la trascendencia.*

Una afirmación de la vida

La modernidad nos ha acostumbrado a verlo todo como un objeto que puede ser observado, medido, manipulado y explotado por el egoísmo humano. Este ac-

ceso a la naturaleza ha llevado a una explotación a gran escala y a la destrucción de la misma y de sus formas de vida, amenazando el equilibrio ecológico y el futuro de nuestro planeta. El sistema económico actual ha aumentado en el mundo las masas de pobres, incapaces de satisfacer sus necesidades básicas para vivir una vida humana digna. Incluso la vida del rico está deshumanizada por el consumismo de manera que pierde su significado y se convierte en una carga y en una alienación.

En este contexto, la buena nueva afirma la vida. Afirmar la vida no es creer en una vida después de la muerte, sino promover la vida antes de la muerte. Dios es el creador y el dador de la vida al cosmos y a los humanos. Dios ha hecho al ser humano a su imagen no sólo para vivir en armonía con la naturaleza, sino también para ser creativo y conducir la vida a su plenitud.

Por tanto, defender y promover la vida no es sólo ser capaz de que el pobre sobreviva, sino afirmar su libertad y su capacidad para la autoexpresión creativa y para obtener los medios y el espacio necesarios a fin de que su creatividad sea fructífera y enriquezca la vida humana. Afirmar la vida es afirmar la cultura, la identidad de la gente, la diversidad de sus expresiones y la libertad que es necesaria para su creación.

La vida en comunidad

Descubrir la vida profundamente es llegar a ser consciente de ella como un compartir, como don, como amor, como comunidad. Es en la relación con el otro como *uno se descubre plenamente a sí mismo. Esto conlleva una relación básica y una reciprocidad que gobierna la vida entera.* Y porque los humanos están hechos a imagen de Dios, esta reciprocidad no es automática, sino que tiene que ser asumida y vivida por ellos en libertad.

Lo humano nace en comunidad. Pero la comunidad tiene que ser constantemente construida. El egoísmo humano, demostrado en su amor al poder y fortalecido por la insistencia moderna en el individualismo y en la competencia, es el obstáculo para la comunidad.

La visión de Jesús

La buena nueva del Reino de Dios que Jesús proclama proyecta una visión alternativa de la comunidad. Por su predicación y milagros se sitúa Jesús en contra de los representantes de Mammón (1). Nos da el mandamiento nuevo del amor y, como memorial, nos deja una comida que se simboliza y se experimenta cuando se comparte —unos con otros y con Dios— el alimento y la vida.

(1) El término *Mammón* proviene de Mt 6,24 y Lc 16,9.11.13. Es un término de la literatura tardía, bíblica y rabinica, con el sentido de riqueza inicua. Por extensión puede aplicarse, como hace el autor, a todo sistema económico que, basado en la acumulación de la riqueza, se desentienda de la justicia distributiva y de la solidaridad humana. (Nota de la Redacción)

Tal comunidad en Dios se mantiene unida por vínculos de amor y de mutua aceptación. No sólo se siente cómoda con un multiculturalismo, sino que lo ve como la variedad creativa y rica de lo humano. Este modelo de comunidad-en-diferencia no es una construcción arquitectónica, como un edificio o un templo, ni tampoco es un ser orgánico, como un árbol o un cuerpo, sino una realidad humano-divina, como una familia o la Trinidad en sí misma. No osaríamos proponer la Trinidad como modelo, si Jesús no hubiera dicho: «Para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21).

Una conciencia de la trascendencia

Una de las consecuencias del immanentismo de la modernidad es la declaración de la autonomía absoluta de lo cósmico y de lo humano. Se niega cualquier sentido de la trascendencia, pues no es necesaria para su comprensión del mundo. Sin embargo, no podemos comprender totalmente el cosmos y lo humano a menos que los veamos enraizados en lo trascendente. Esta realidad está personalizada e historizada por la entrada de Jesús en nuestra historia y su continua presencia con nosotros.

La secularización es una de las consecuencias de la modernidad. La secularización se presenta como un dios, imagen de nuestra ignorancia, que explica lo que aún no hemos descubierto. La ten-

sión hoy no consiste en que se haya perdido interés por la religión, sino en que se acepte sin cuestionarse la autonomía del cosmos, de manera que la religión se convierta en un asunto privado al servicio de las necesidades psicológicas personales, más que en instancia para exigencias sociales.

En Jesús, como parte de nuestra historia, la secularidad de Dios es afirmada y llega a ser real para nosotros. Dios se manifiesta particularmente en el pobre, en el oprimido y en el marginado. En ellos se acentúa la búsqueda de la vida. Esta visión alternativa del cosmos no supone un cambio en la búsqueda de lo divino, sino que nos ayuda a ser conscientes de lo divino en su profunda trascendencia. Llegar a ser conscientes de la secularidad de Dios es relativizar las instituciones religiosas como mediaciones especiales y exclusivas de lo sagrado. Ellas han de asumir una función simbólica de servicio.

Ser contracultural

Por tanto, el desafío para la misión consiste hoy en ser una comunidad contracultural que encarne aquellos valores de vida, comunidad y trascendencia que dé testimonio y que promueva el Reino de Dios en el mundo.

¿Cómo podemos concebir tal comunidad contracultural? Ser contracultural es ser profético. Es desafiar a la gente en nombre de lo que deberían llegar a ser. En este sentido siempre será crítica con el presente. Quizás podemos

comprender mejor lo que tales comunidades contraculturales serían señalando lo que no deberían ser.

¿Calidad o cantidad?

En ocasiones la atracción de la cantidad pasa por alto la calidad. Cabe esperar que las comunidades contraculturales, sin querer ser élites intelectuales, sociales o espirituales, estén formadas por gente comprometida por su visión de la nueva sociedad. Cuando la comunidad no está centrada-en-la-gente se institucionaliza y se relaciona con otras instituciones políticas, perdiendo la intensidad profética de la buena nueva.

¿Comprometido o liminar?

En la historia de la Iglesia se han dado alternativas en forma de comunidades liminares —esto es, comunidades de frontera— que testimoniaban y desafiaban no sólo al mundo sino también a la Iglesia. Estas comunidades liminares (ermitaños, contemplativos, monjes, mendicantes y otros) podían ser símbolos del Reino de Dios. Pero por su propia naturaleza no podían ser modelos para las gentes pues no los podían imitar.

Las comunidades contraculturales serían tanto «modelos de» como «modelos para» las comunidades del Reino de Dios. Su desafío no sería real si no estuvieran, de algún modo, activamente comprometidas con el mundo. Si pensamos en la comunidad debe-

mos clausurar inmediatamente las estructuras institucionales. Cuando se trabaja unido por un propósito común se tiene una comunidad, que será más o menos permanente.

Un modo alternativo de vida

Para que una comunidad contracultural sea auténtica tiene que estar comprometida con la transformación del mundo presente y sugerir un modo alternativo en el que se pueda vivir aquí y ahora. Su testimonio, enraizado en la historia, buscará cambiar su curso. No evitará el conflicto, sino que éste se hallará en el horizonte de la comunidad. Su fuerza residirá en su poder moral basado en la verdad y en el amor. La opción por el poder de la verdad y del amor es más que una estrategia: es el único camino auténtico para una comunidad contracultural.

Comunidades multirreligiosas

Estas comunidades contraculturales no siempre pueden llevar la etiqueta de «cristianas». Dada la presente situación en el mundo de hoy se puede incluso decir que realmente a menudo *serán* multirreligiosas. Ante la amenaza del desastre global provocada por la modernidad radical, vemos en aquél que se compromete por un mundo alternativo a un aliado más que a un enemigo, cualquiera que sea su religión o afiliación ideológica.

La misión hoy ha de ser dialógi-

ca. El diálogo no ha de limitarse a una conversación educada, sino que ha de suscitar una acción común para la defensa de la justicia y la promoción de la comunidad. En Asia tenemos ejemplos de tales comunidades multirreligiosas.

En los últimos años se habla de la necesidad de una ética global. De algún modo la ética permanece a un nivel meramente secular. Pero debemos explorar las posibilidades de una búsqueda global de la espiritualidad, arraigada en la experiencia de lo divino o de lo trascendente. Debemos ir más allá poniéndonos de acuerdo sobre algún valor humano común que deseemos promover. Pese a sus diferencias y tensiones, las religiones deben jugar un papel activo.

Un cambio de paradigma

En el pasado, la misión ha ido dirigida tanto a fortalecer nuestra religión como a conquistar y mermar las otras. Pero si la misión se centra en el Reino de Dios se produce un cambio de paradigma: se percibe a los creyentes de las otras religiones como aliados en una lucha común contra Mammón.

Este cambio condiciona las reflexiones teológicas sobre la unidad de Cristo tras la que a menudo se ocultan la unicidad del cristianismo y nuestro deseo de ser los únicos «poseedores» de Cristo. No solucionaremos estas

cuestiones sin una experiencia real de trabajo con otros creyentes en nuestra lucha común contra Mammón. La praxis debe preceder a la teoría. Nuestra misión de ser testimonios de esta presencia no nos permite exigir derechos exclusivos.

Conclusión

A modo de conclusión recalcaré algunos de los principales puntos explicados. Aunque nuestra lucha contra Mammón tome primariamente formas económicas y políticas, ha de estar respaldada por los esfuerzos dirigidos a una transformación cultural. Existe hoy una tensión entre la modernidad radical de la ciencia y la tecnología, y la posmodernidad en el área de la cultura que no ofrece una visión alternativa para la vida.

Esta crisis es una oportunidad para la misión. El camino alternativo propuesto por la buena nueva de Jesús en el diálogo con la posmodernidad tendrá, entre otras, tres características: una afirmación de la vida, una experiencia de vida en comunidad y una conciencia de la trascendencia. Para encarnar estas perspectivas necesitamos comunidades contraculturales, que sean tanto «modelos de» como «modelos para» las comunidades del Reino de Dios. No serán ni institucionales ni liminares sino interreligiosas, unidas por su lucha común contra Mammón.

Tradujo y condensó: EUGENIA MOLINERO